

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS.



Santana, y su Ayudante Arista.

Revoluciones de Méjico.

El camino que conduce de Vera Cruz á Méjico, sigue al principio la orilla del mar, atraviesa una playa arenosa que se enrondece graciosamente en rededor de una pequeña bahía de ovaladas ondas, y luego se pierde, después de varios rodeos, en un dilatado bosque en cuyo horizonte se descubren masas de verdor. El viagero, que después de haber seguido el arenal donde se estieden las olas con imponente murmullo, penetra en aquellas arcadas naturales, oye todavía el ruido del Oceano repetido por el de las hojas: es la voz del mar que alterna con la de los grandes árboles. Entonces presta con alegría oído á aquella doble armonía, y se entrega, según su modo de viajar, al movimiento del carruaje, al trote de su caballo, ó al balanceo de su litera. De cuando en cuando y por entre aquellas espesuras, apercibe el luciente lomo de una becerria, ó los enroscados cuernos de un toro medio salvaje, que muestra un instante su negro y húmedo hocico, sus ojos espantados, y desaparece haciendo crujir en su huida las matas entrelazadas, y las hojas que aplasta con sus pies. Si el extranjero pregunta á su guía de donde son aquellos ganados tan hermosos, le contestará este que

AÑO VIII.—17 DE SETIEMBRE DE 1843.

pertenecen á la hacienda de Mangá de Clavo, y que esta es propiedad del general Santana.

En el seno de aquel cortijo es donde el hombre, que desde 1821 ha unido su nombre á todas las revoluciones de Méjico, que ha sido el jefe ó el instrumento de ellas, va sucesivamente, vencedor ó vencido, harto de fama ó codicioso de ella, cansado de la vida del campamento ó de la administracion política, á descansar de sus fatigas, de sus derrotas ó de sus victorias; allí medita nuevos planes, allí reemplaza sus antipatías políticas con amistades personales, allí medita el destruir á los que elevó y elevar á los que ha derribado. Allí es, donde, durante meses y años enteros, vive retirado, olvidado, hasta el momento en que, sin transición y con general asombro, resuena de nuevo su grito de guerra en el otro extremo de la República.

Solo los hechos pueden retratar ese carácter versátil, inquieto, trastornador; á este hombre no aspirando mas que á lo imposible, disgustado de la realidad, victorioso después de una derrota, vencido después de una victoria, jugando su vida y su fortuna con la misma indiferencia con que espone la de los demas; vertiendo la sangre sin ser cruel, y conociendo sobre todo bastante á sus compatriotas para jugar impunemente tan temerario juego, sugeriéndolos porque los conoce.



El General Santana.

Santana tendrá de 45 á 46 años; es de estatura elevada, y todavía no se resiente de la madurez de la edad. Su color pálido, sus grandes ojos negros, sus cabellos mas negros todavía y ensortijados sobre una frente elevada, imprimen á su persona un aire de distincion, que no es desmentido por una fácil y abundante locucion, comun á cuantos hablan la hermosa lengua española, tan harmoniosa y rica. Reúne á esta natural elocuencia, el arte de conocer mejor que nadie los resortes que es preciso tocar, las fibras que debe hacer vibrar en el corazón de sus conciudadanos, y es irresistible la influencia de su palabra.

Preséntase por primera vez en la historia política de Méjico en 1821. Joven entonces, mandaba un cuerpo de insurrectos, á cuya cabeza se apoderó de Vera Cruz, de donde fue nombrado gobernador. Protegido por el Emperador Iturbide, á quien habia sostenido con todo su poder, le mandó comparecer ante él para dar cuenta de una grave insubordinacion. Ofendido de una destitucion merecida, pero que no esperaba, volvió á la plaza que mandaba, arengó á sus tropas, se sublevó contra la autoridad imperial, y declaró á Méjico república independiente. Un general enviado para castigarle se unió á él; las ciudades de Oajaca, Guadalupe, Guanajato, Querétaro, San Luis Potosí, y Puebla se sublevaron igualmente, y apenas transcurrió un año desde el atrevido desafío de Santana, que ya estaba derribado del trono el Emperador Iturbide.

A los pocos meses de instalada la nueva república, de la cual el general Santana habia sido el primer campeón,

se sublevó tambien el primero contra la autoridad de su Congreso.

En 1828 era aun Santana gobernador de Vera Cruz. Estalló en Méjico un complot; creyósele cómplice, y el Congreso le quitó el gobierno; pero lo mismo habia de obedecer al Congreso, que habia obedecido á Iturbide. Lejos de demitir su autoridad, que no se extendia mas que á la ciudad de Vera Cruz, Santana, con uno de los golpes de audacia que le son familiares, usurpó el mando de toda la provincia, reunió á sus fieles veracruzanos, batió á las tropas que le opusieron, se adelantó hasta el fuerte de Perote, y se apoderó de él. Un decreto del Senado le declaró fuera de la ley, y envió contra él nuevas tropas.

Santana llevó la moderacion hasta el punto de no declarar á su vez fuera de la ley al Senado, y principió una de esas guerras de escaramuzas, en las cuales la espontaneidad, la rapidez de sus movimientos, le hacen tan temible; una de esas campañas de marchas y contramarchas, donde se hace la guerra á la manera de los árabes, ó de los indios de América, por astucia y por sorpresa, y que participan al mismo tiempo de la guerra y de la caza.

En ella, reemplaza al traje de general y de oficial, el de viagero; una chaqueta sencilla con las presillas de las charreteras, un sombrero de grandes alas, una manta azul ó violeta, pesadas botas, y largas espuelas continuamente golpeadas por la vaina de acero de un sable derecho: tal es el traje de Santana y de su Estado mayor.

El oficial que va al lado del general, con sus grandes vigotes rubios enroscados hacia la barba, y que parece un hulano, es el coronel Arista. Es el ayudante de campo de Santana, su brazo derecho, su confidente, el compañero inseparable de sus peligros, el que en cierta comedia política veremos como le replica. Arista, es lo que llaman con energia los mejicanos, « hombre de á caballo; » esto es, un hombre que en una refriega, y para librarse de un lanzazo, se tenderá bajo el vientre de su caballo, y pasará; que sin echar pié á tierra, recogerá su espada á galope tendido en su caballo, y que derribará al toro que haya agarrado por la cola entre la silla y la correa de su estribo.

Los soldados que manda Santana, son todos de la tierra caliente; son hombres de un color y dureza parecido al bronce de Florencia, en quienes no hacen mella los insectos, ni la fiebre amarilla; hombres acostumbrados á soportar el hambre, la fatiga, y que bajo un sol abrasador, no toman mas bebida que un cigarro, y que no comen mas que un cigarro despues de doce horas de marcha. Al frente de tales soldados, va Santana á desafiar la persecucion de sus enemigos, compuestos tal vez de una gran parte de tropas de zonas frías ó templadas, y que en este caso dejaran por muestras de su paso los cadáveres de los que han muerto de sed. Abandonó el fuerte de Perote tomó al Este por el lado de Tehuacan, camino de Oajaca, llegó á dicha ciudad y se fortificó en ella.

En seguida, desalojado por fuerzas muy superiores á las suyas, se replegó en lo interior de la ciudad, y de casa en casa, de calle en calle, llegó á encerrarse con los suyos en el convento de *Santo Domingo*. Este edificio, como todos los de su clase, está protegido por elevadas y sólidas paredes almenadas, defendido por una puerta maciza, y mas aun por la santidad de su sitio. Entonces va á princi-

piar, no un sitio, pues no se atrevería á minar ni cañonear una casa santa, sino á obligar por el hambre y las privaciones á los hombres que acabamos de describir. El sitio será largo.

Santana sabe con qué enemigos tiene que habérselas; y per lo tanto, sin cuidado por mañana, pensando solo en la fatiga del momento, escoge el sitio mas fresco del convento para dormir la siesta, y luego pensará en los medios de defensa. Los sitiadores están meos tranquilos, pero tambien tienen que tomar su chocolate, pues ha llegado la noche. Los indios suspenden de noche sus ataques y los mejicanos hacen lo mismo.

Con el dia principia nuevamente el tiroteo, mas mortífero para los sitiadores que para los sitiados, protegidos por las murallas. Al dia siguiente, las tropas del gobierno tienen la mortificacion de oír los mugidos de los bueyes unidos á los relinchos de los caballos, embriados y ensillados en el gran patio de Santo Domingo. Los humeantes cuerpos de aquellos animales, sus fuertes resoplidos, prueban que durante la noche han dado una larga y rápida carrera; y los ginetes, tendidos y envueltos en sus capas fuman sin cuidado.

De repente, y á una señal, todos estan á caballo, y en el momento en que los sitiadores creen que sus enemigos estan ocupados en regocijarse por su triunfo, ábreuse las puertas del convento, como para las procesiones solemnes; pero en vez de los estandartes de la iglesia, y de las casullas de los sacerdotes, se ven flotar por el aire las banderolas encarnadas de los lanceros y los capotes amarillos de los dragones. Los campanarios en vez de ser adornados con ondeantes cederías y de aturdir con el repique de sus campanas, estan coronados de tropas de tostados rostros, que hacen un fuego vivo y sostenido. Los sitiadores sorprendidos son puestos en derrota, al paso que un destacamento de la guarnicion de Santo Domingo va á apoderarse á su vista de otro convento inmediato, y se establece en él.

El jefe que mandaba en nombre del Gobierno, conoció la falta que habia cometido despreciando ocupar el convento, cuyas torres le hubieran servido para molestar á los sitiados; confesaba reparar su imprudencia en la primera ocasion, y tomó otra posicion, por hallarse entre dos fuegos. Pasáronse muchos dias como los primeros, entre tiroteos, descanso y salidas, durante los cuales Santana esperaba una de esas felices casualidades que tan maravillosamente le han servido siempre, y que parece tenerle reservadas la Providencia: el jefe de los sitiadores por su parte piensa en el medio de apoderarse del convento que ambicionaba.

Mientras reflexionaba paseándose con su edecan, con la vista fija en el edificio objeto de sus deseos, exclamó.

«Por María Santísima, que no me equivoco, D. Cayetano, en lugar de ¡los malditos soldados tan diestros en fusilarnos tres dias hace, veo en las torres á los frailes; estos malditos Pintos se habran reunido al General.

—Si Señor, contestó el edecan, no eran bastante numerosos para dividirse de este modo.»

En efecto, veíanse las capillas y los hábitos de los frailes que se destacaban del color de las torres, y poco

despues se oyeron resonar las campanas, cual si quisieran celebrar la libertad de la santa casa, y reparar el tiempo perdido.

Entre otros un fraile que sobrepujaba de toda la cabeza á los demas, parecia tocar con mas ardor, y en medio de su entusiasmo, su capilla caída dejaba apuntar unos grandes bigotes rojos, pero que hacia invisibles la elevacion.

El General que observaba atentamente aquel espectáculo, se volvió á su edecan, diciéndole: «Que vaya al instante un destacamento á ocupar el convento, y que se dé prisa; esta ocasion es demasiado buena para perderla.»

Ejecutose lá orden. Se adelantó un regimiento con el arma al brazo, cuando de repente los frailes dejando caer sus capillas y sus hábitos, ostentaron en su lugar los *vestidos colorados*, é hicieron una descarga sobre el regimiento, cruzandose las balas con las de la torre de Santo Domingo, coronada igualmente de soldados de Santana.

La situacion era sin embargo crítica para este; no le faltaban víveres pero carecia de dinero. Arista, que sin duda se ha adivinado, era el fraile con grandes bigotes, habia ido á sacar contribuciones de las vecinas minas de plata de Oajaca, y estaba de vuelta. Santana dio orden de que entrara en su habitacion.

«Ola Arista, cuantas talegas trae V.?»

«Ninguna mi general; pero, añadió retorciéndose el bigote con la satisfaccion de un hombre que ha llenado un deber con conciencia, aunque sin resultado, he traído á la grupa al director de las minas, por mas que jure por todos los santos que no puede disponer de un solo real.»

Santana se sonrió, y le dijo paseándose.

«Vaya V. á decir á los muchachos que no tengo dinero; pero que les concedo un tercio mas de su haber ordinario.»

Al medio dia oyose gran ruido en la ciudad y entre los sitiadores. Espárcese la voz, y con verdad, que se ha saqueado á Méjico, que el Presidente ha huido, y que el Gobierno está destruido.

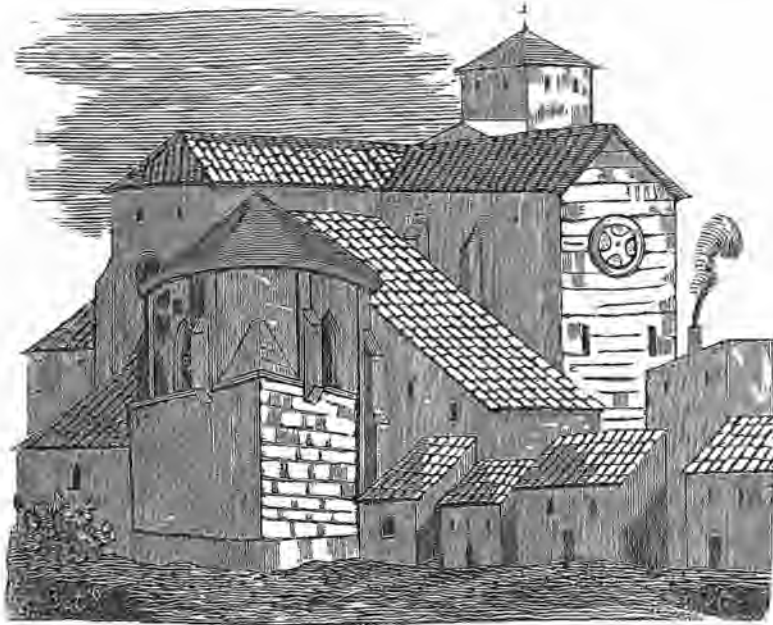
La casualidad providencial habia servido á Santana. Sitiadores y sitiados se dieron la mano, se abrazaron, se dieron los afectuosos nombres de *hermanos* y *compades*, y con tanta mas razon, cuanto en las guerras civiles, unos y otros luchan entre sí. Los frailes volvieron á quedar dueños de su convento, el Director de minas se volvió á su residencia, los soldados de Santana á su ardiente sol, haciendo crédito á su General, y éste se fue á meditar nuevamente en las espesas sombras de *Manga de Clavo*.

Todo esto acontecia á principios de 1839.

(La conclusion en el número siguiente.)



ESPAÑA PINTORESCA.



La Parroquia de San Gil en Búrgos.

Seis siglos hace que la iglesia parroquial de S. Gil, en la actualidad una de las mas importantes notabilidades artísticas de Búrgos, no era sino una pequeña ermita separada de la ciudad, en que la devocion de los fieles visitaba de tarde en tarde á una efigie de S. Bartolomé. Pasados algunos años la poblacion aumentó considerablemente; redujo á sitios habitados los que hasta allí permanecieran desiertos, y por consecuencia fue preciso el ampliar y construir algunas iglesias, en donde el pueblo se reuniese con la posible comodidad á los ejercicios y funciones religiosas. No sabemos á punto fijo qué motivo hubo para variar la advocacion de la ermita de S. Bartolomé, y adherirla instantaneamente la de S. Gil; pero es indudable que en razon á las circunstancias indicadas, se erigió en parroquia como la necesidad exigia; y que desde luego se reconoció por patrono y titular al santo Anacoreta que hasta hoy la da nombre, previo el consentimiento del Obispo D. Juan Villacreces, otorgado en el año de 1399.

Aunque la planta de la iglesia es de cruz latina y muy espaciosa, varias capillas agregadas posteriormente al cuerpo primitivo del edificio le engrandecen mucho mas, y hasta le dan un realce que la época de su fundacion nunca hubiera producido. Mas á pesar de ello, échanse de ver algunas inconsecuencias en la armonia general que caracteriza á la fábrica del templo, pudiendo calificarse de tales su exterior completamente exento de ador-

nos, y el churigerismo de su retablo principal, pintado de color azul con columnas salomónicas, revestidas de sarmientos, uvas y hojas multiplicadas al infinito, ademas de otras mil impropiedades, concebidas y espuestas al estudio público del arte en el siglo XVII.

Sin embargo, las capillas edificadas á fines del siglo XV y siguiente, en la iglesia que nos ocupa, indemnizan el sentimiento de indignacion que causa aquella obra infeliz, al paso que predisponen el ánimo del curioso á participar de las dulces sensaciones desprendidas de tantos dechados monumentales como testifican en ellos la filosofia, ilustracion y catolicismo de la sabia antigüedad. Preferimos en la parroquia de S. Gil la capilla de la Natividad á cuantas se registran vecinas, por su ostentacion y artistica opulencia. Su arco de entrada es muy elevado, y voltea en el espacio intermedio de dos estípites bellisimos que le sustentan, percibiéndose cerca de él la sepultura del fundador, cerrada en medio del pavimento con una losa de marmolmezcla, guarnecida de alabastro, en que dice:

Aquí estan sepultados los cuerpos de Joan de Castro y de Inés de Lerma su muger; los cuales fundaron y dotaron esta capilla. Finó él á 4 dias del mes de setiembre del año de 1535, é ella á 17 de mayo de 1548.

El retablo mayor de esta capilla corresponde al estilo del renacimiento, y consiste su hermosura en mu-

chadumbre de estatuas imparadas por umbelas generalmente preciosas, en especial las de la medalla titular que representa la pateridad de Nuestra Señora. Y no brilla solamente la destreza del cincel en el altar que describimos, ni su remarcada tendencia al gusto ojival que acababa de abandonarse cuando se verificó su construcción: se reúne al propio tiempo otro accesorio bastante esencial en este género de obras, cual es el dorado limpio y resplandeciente de los ropajes de las figuras, cosa que subsana en gran manera la impropiedad de este capricho, tan vituperable cuanto adoptado por los escultores del siglo XVI.

Inconcebible se hace el espíritu de grandeza que á los antiguos asistía, cuando observamos una prodigalidad excesiva del mas costoso metal, derramada ya en aquellas formas distinguidas, principales ó de lujo, ya en los óbitos é inscripciones sepulcrales, en que hubiera campeado con iguales ventajas el mas insignificante baño: prueba de esta verdad es la lápida colocada al lado del evangelio, suficiente á contener en crecidos caracteres los nombres genealógicos del fundador hasta su quinta generacion, con expresion de todos sus títulos, honores, señorios, misas y memorias que dejaron fundadas, como testimonio perdurable de su nobleza, ó como sufragios y oraciones por el descanso de sus almas.

Si fijamos un momento la atención en la memoria citada, cuya redaccion, segun coligimos de sus molduras, se hizo en los primeros años del siglo XVII, hallaremos que los bultos de alabastro yacentes sobre la urna del arco fúnebre inmediato, no representan á otros que á D. Juan Garcia de Castro y su esposa Doña Teresa de Mujica, padres del fundador, los cuales estan revestidos de trages peculiares á los nobles de su tiempo, él con una espada en las manos y á los pies un yelmo, y ella con ropaje de matrona ilustre, sin carecer del enorme rosario, casi igual en longitud á la espada de su marido: indicios exajerados de piedad, que harán siempre honor á esos esclarecidos difuntos, por mas que sus blasones esculpidos en derredor de la tumba revelen á nuestra pedantesca obcecacion, un orgullo disfrazado con el carácter augusto de las creencias que profesaron. El sepulcro de los Señores Garcia de Castro, conviene en todas sus formas con el de el lado opuesto, pues como él se compone de un arco semicircular y un ático, apoyados en estípites, en que se ven los misterios de la transfiguracion y flajelacion de Jesucristo: por remate escudos heráldicos de los apellidos Lerma y Castro; sobre el cornisamento y en los frentes de las urnas, imágenes bien esculpidas de Santos, completando la riqueza de estos monumentos algunas vidias muy originales que se hallan en los netos inferiores de sus pilastras.

Recomendable á no dudarlo es el ático de piedra construido sobre cartelas estribadas en el macho izquierdo del arco de ingreso por la parte interior, y lo sería mucho mas escluida la disposicion angular que tiene el conjunto en razon del paraje que ocupa. Le sirve de sotabanco una tarjeta, refiriendo la instalacion de dos presbíteros destinados á celebrar misa cada dia por D. Gerónimo de Castro hijo del fundador, canónigo de Burgos y primer patron de la capilla: falleció en 13 de Noviembre de 1573.

El simulacro vestido de sacerdotal, está arrodillado en el centro entre San Miguel y el Anjel Custodio, que le patrocinan, cuyas imágenes si bien no trabajadas en alabastro como la del primero, compiten con ella en correccion y exactitud. No callaremos, en alabanza de esta pieza digna de un estudio minucioso, el mérito poco comun de las estatuitas levantadas encima del cornisamento, los innumerables caprichos expresados en miniatura con acierto singular, la Virgen y el niño Dios que constituyen un bellissimo remate, y por fin el Espíritu-Santo dominando al todo, bajo la forma acostumbrada de una paloma con las alas extendidas.

Pero por mas que nuestra pluma se esfuerzase en ponderar la hermosura y elegancia de la capilla, rápidamente descrita en obsequio particular de los artistas inclinados á especulaciones prácticas de esta naturaleza, no conseguiria otra cosa que dilatar el periodo hasta hacerle desabrido y aun trivial, cuando siguiendo el empeño de nuestra excursion, hubieramos de mencionar las capillas de la Buena mañana y Adoracion de los Reyes.

La primera efectivamente no reúne circunstancia alguna que desdiga de una obra escogida y perfecta. Su retablo incluido en un arco de la pared, con conopio y hojas cardinas en un frondario, es del lujoso estilo gótico usado en el siglo XV; los doseletes de todas sus arjies manifiestan el remontado esplendor de su carácter: y no puede menos de confesarse así, al observar el agradable espectáculo de numerosas marquesinas apiladas en fracciones homogéneas, sutiles y ligerísimas, que dan un golpe de vista solenne y encantador.

Hay en la capilla de la Buena-mañana (título emanado de la obligacion que reconocian sus capellanes de celebrar misa al amanecer en determinados dias) cinco sepulcros muy notables, entre los que se cuenta uno fechado en el año de 1393. Los restantes son del siglo XVI, y yacen en ellos, D. Lorenzo de Lerma con sus hijos, D. Juan y Don Miguel edificadores y dotadores de la capilla, razon por la cual abundan sus blasones en ella, y obtienen patronato sus sucesores y descendientes. D. Juan de Macuelo y su esposa Doña Maria Lopez de Castro, fundadores de esta media capilla (asi expresa el epitafio) se hallan enterrados dentro un arco sepulcral al lado de la epístola, con gran aparato arquitectónico; mas de belleza inferior á la que manifiestan los sepulcros anteriormente citados.

La capilla de los Santos Reyes, fué fundada por Don Hernando de Castro y su esposa Doña Juana Garcia, durante el reinado de los Reyes Católicos, y yacen dentro de un panteon de pizarra rebajado en el pavimento. El retablo es de mucha obra y estilo ojival; el frontal de la mesa es de mosaico, y único en las iglesias de Burgos. Los Sres. D. Martín Maluenda y Doña Juana de Castro, tambien yacen en un arco-sepulcral de esta capilla, constando por el epitafio haber fallecido hácia los años de 1530.

Ultimamente se echan de ver en la antesacristia de la parroquia de San Gil, dos sepulcros edificados al concluir del siglo XV, que pudieran señalarse como medelos apreciables del gusto dominante en su época, cuando la ojiva se iba convirtiendo en arco rebajado, y el conopio, contraconopio y lambel aparecian desplegando toda su

elegancia, no conocida hasta entonces en el sistema artístico. En uno de estos sepulcros se lee la siguiente inscripción.

Aquí reposa Francisco García de Búrgos escribano mayor de la casa de la moneda de esta ciudad, é sus mugeres Isabel de Cerezo é Catalina de Polanco. Falleció la dicha Isabel de Cerezo, á 13 de Octubre de 1504 años é Francisco García de Búrgos á 22 de Enero de 1511 años.

Los tres bultos descansan sobre la cubierta sepulcral, devastados en pizarra con las caras y manos de alabastro, cuya materia es oriental en el que se presenta primero á vista del espectador. El otro panteon perteneciente á los padres de Francisco García es muy semejante al anterior en el trabajo y carácter de sus adornos; mas el último en que yace realmente Doña Catalina Polanco, casada segunda vez con D. Francisco de Amusco, se labró despues de introducido el estilo grotesco, esto es, en el siglo XVI.

Alhajas sobresalientes son el púlpito de fierro, que posee esta insigne parroquia, calado con la delicadeza estrechada del siglo XV, y las pinturas del titular en el altar mayor, ejecutadas en Roma por un español llamado *Barrranco*, además de otras muy buenas, ilustradas con dos orijinales del famoso Mengs: representan á San Gil en el desierto, y la muerte de este Santo entre los brazos de sus mugeres. Todos estos ejemplares de estudio, sabiduria y riqueza de imaginacion, puestos al lado del pasmoso descendimiento que trabajó Gregorio Hernandez y se ha trasladado á una capilla de esta iglesia, desde la del suprimido convento de Carmelitas, todo, repito, contribuye al decoro y ornamento de un edificio, que á juzgar por su exterior, ni aun es suficiente á mover la simple atencion del forastero, sino es que la fatiguen el proyecto modernamente realizado de una ridícula escalinata conducente al ingreso principal, ó por mejor decir único, y el blanqueo del fastial en que aquella prolonga su carácter estrámbotico y mazquino. Semejantes innovaciones, en monumentos cuya mejor recomendacion es la antigüedad de su estructura, corrompen, empañan y oscurecen el mérito especial que creara un estudio profundísimo de parte de los artistas, y no pocas veces la munificencia de los reyes y generosidad de los cortesanos. Se ha sostenido por hombres subordinados á los principios de una lógica incontestable, que la barbárie tan cacareada de los pasados tiempos no necesita de nuestra ilustracion para oponer una brillante deferencia á los partos mas felices de los modernos ingenios. Se ha dicho tambien con verdad, que destruir caprichosamente el objeto mejor organizado sobretesto de un zelo que jamás aprobarán los amantes del buen gusto, es un atentado reprehensible, y ageno por lo tanto de un espíritu calculador; y finalmente que los templos de la edad media deben permanecer íntegros en cuanto á su construccion fundamental, mientras la necesidad extrema no reclame el auxilio de nuestras luces, contra los embates del tiempo, que en este caso deben aplicarse con inteligencia muy meditada. Y sin embargo, triunfa completamente de estos sanos consejos ese prurito fatal hácia la modificacion de las obras perfectísimas, que otros siglos estudiosos labraran para gloria é ilustracion

de sucesivas jeneraciones. Modificación errónea, que solo podrá desterrarse cuando la ignorancia no sea tan comun, y adquiera mas prestijio la madurez de los cálculos induyentes en la magnificencia y conservacion de nuestros edificios antiguos.

R. MONJE.

COSTUMBRES CUBANAS.

UN DIA EN CAMARONES.

Hallábase en *Cienfuegos*, adonde me fué forzoso acompañar á *Don Crisanto del Aguacate*, hacendado rico del pais, que iba á contraer matrimonio con la amable *Mimi*, hija de su íntimo amigo *Don Anastasio Cocales y Vicochea*. La residencia *Tierra-adentro* se me hizo en pocos dias sumamente agradable; porque, preciso es confesarlo, en cambio del refinamiento aristocrático que vá introduciéndose en la capital de Cuba, y que ha subido muchos grados, desde que el Príncipe de *Joinville* dió aquel encomiado baile á bordo de la corbeta *Creolle*, las costumbres de los pueblos situados en el interior de la isla conservan todavía mucha parte de la pureza de sus primitivas costumbres, y proporcionan al ánimo un desahogo que vá desapareciendo, á medida que nos acercamos á la ciudad, y que desaparece del todo, desde el instante en que divisamos las puertas de *Tierra, del Monserrate ó de la Punta*.

Un forastero pasa desapercibido en la Habana, entre el torbellino de cajas de azucar amontonadas en el muelle de *San Francisco*, entre el estrépito de un ejército de *quitrines* y de *volantes*, entre los animados diálogos que á voz en grito entablan los negros, tal vez desde el un extremo hasta el otro de la *cuadra*, entre el laberinto de negocios y de pleitos que ocupan la imaginacion del criollo, del español peninsular y del extranjero. En *Tierra adentro* es otra cosa: un forastero es un acontecimiento, y de la primera denominacion no se hallan exceptuados los naturales de la Habana: sin embargo, no se crea que los muchachos se atropellan por ver pasar á un hombre que no vá vestido á la usanza de sus padres, como sucede en muchas de nuestras grandes poblaciones: además, el que ha vivido seis meses en la Habana ya ha arreglado su trage europeo á la moda del pais; es decir, ya no lleva botas, ni levita con almohadillas para formar las caderas, ni guantes de cabretilla, ni *gabán* en el invierno, ni *bastón garrote* en las cuatro estaciones: por esta causa puede presentarse en todas partes, sin temor de que le silven los negritos.

He dicho que la llegada de un forastero á un pueblo del interior es un acontecimiento, y tampoco debe entenderse que de este modo quiero significar la rareza del caso. Ciertamente que no hace muchos años, la escursion desde la Habana ó *Matanzas* á ciertos puntos de la isla, y particularmente á la *Vuelta-Abajo*, se miraba como una *hombrada*, pero los *ferro-carriles* han dado un golpe mortal á semejante *abretemiento*, y hoy es un re-

creo, lo que antes se hacía como castigo, aun en los casos de urgente necesidad.

¿Qué entenderemos, pues, por acontecimiento, aplicado al arribo de un forastero al interior? La explicación es natural y sencilla: el acontecimiento no lo motiva el que llega, sino la acogida que recibe. Y en verdad que me serian necesarias muchas páginas para describir la cordial franqueza, el agasajo sin límites, el verdadero placer con que en un cafetal, en el mas insignificante pueblecillo de Cuba, se sabe agradecer al viajero la visita que este le hace: pero, ya que por no distraerme demasiado del objeto que me ha hecho tomar hoy la pluma, desisto de una descripción, cuya verdad, al través de mi mal delineada copia, fuera sin duda alguna el mas merecido elogio de los sentimientos de los honrados de *Tierra-adentro*, seame al menos permitido consignar aquí una opinión que la propia experiencia y el estudio de las costumbres de aquel país me ha hecho formar, á saber; que cuanto mas gana el mundo en eso que por manía llamamos ilustración, mas pierde en lo que se llama virtud: la Habana es la parte mas ilustrada de la isla y no es la mas virtuosa: el interior, hácia donde se dirigen con lentitud los benéficos resplandores de las ciencias, es la mansión de la hospitalidad: hospitalaria es tambien la capital; mas no puede disputarse esta ventaja al interior.

El padre de la novia de mi amigo *Don Crisanto* nos recibió con la mayor afabilidad, dando desde luego las órdenes convenientes para que se nos obsequiase en su casa, cumplida pero francamente; abrazó á mi compañero repetidas veces, lo que no estrañé, atendido el parentesco que en breve debía unirlos, y me alargó la mano, que apreté entre las mias de corazón, como pudiera haberlo hecho con su mas íntimo amigo: su familia se puso al instante en movimiento, y á pesar de las repetidas instancias que hicimos para que á lo menos por el pronto nadie se incomodase, no hubo remedio; tuvimos que sentarnos á la mesa, de la cual acababan de levantarse *Don Anastasio*, su esposa *Chumbita* y la prometida *Mimi*: en honor de la verdad debo decir, que á pesar de la hora intempestiva en que llegamos á *Cienfuegos*, nada faltó en aquella mesa, de cuanto, despues de un viage incómodo, puede lisongear el apetito.

Acabada nuestra comida, salimos todos al *colgadizo*, en donde por espacio de tres horas disfrutamos en sabrosa plática, y arrellanados en sendas *butacas*, el soplo refrigerante de la brisa cubana: como la parte principal de la conversacion giró acerca del objeto á que este artículo se contrae, me parece que no estoy en el caso de suprimirla de mi relato.

— De ningún modo agradezco á VV. esta visita, dijo *Don Anastasio*, al mismo tiempo que nos ofreció un puñado de aromáticos *tabacos*: estos amiguitos que uno tiene en la Habana solo se acuerdan de nosotros, cuando hay alguna fiesta por aquí. — ¿Qué es eso de fiesta? respondió *Don Crisanto*; yo ignoraba, y todavía ignoro. — «Hágase V. el bobo, compadre: como que no sabemos acá que VV. han venido á *Cienfuegos* con el deseo de no perder la fiesta de *Camaronas*.» — ¿Qué fiesta es esa? ¿En dónde está *Camaronas*? pregunté yo. — «Es posible

que V. me lo pregunte? Pues, señor perdonar; yo creia haber acertado, mas ya veo que debo agradecer la visita. Por lo demas voy á instruir á V. en dos palabras acerca de *Camaronas* y de su fiesta, para lo cual solo le diré que, cinco leguas de aquí hay un pueblecito de diez á doce casas y de otros tantos ranchos, el cual no tiene todavía lugar designado en la carta geográfica de la isla; este es *Camaronas*; y que pasado mañana, día 2 de febrero, se celebra en él la función de la *Candelaria*; esta es la fiesta. Yo no puedo decir si es buena ó mala, porque nunca he asistido á ella; pero aseguro á VV. que este año hay en *Cienfuegos* un embullo tan grande por la tal fiesta, que no nos entendemos. Todos los jóvenes, todas las muchachas estan en movimiento, y ahí tienen VV. á *Mimi*, que hace ocho días no me deja á sol ni á sombra, molliéndome para que la deje ir á divertirse. — Y es muy justo que vaya, dijo la esposa de *Don Anastasio*: ¿qué vá á hacer en *Cienfuegos*, sola? Aburrirse. Mira; déjala ir, *chinito*: ¿no es verdad que la dejas? — «Sí, papaito, es preciso que me dejes, y que lo digas pronto para avisar á *Panchita García*, y á *Lola*, y á *Pepilla* y á *Merceita*, y á las *Jimenez*, que todas estan embulladísimas. — Pero, si es una locura ir á solearse por ese camino; y luego, allí no hay nada, absolutamente nada. — No tengas cuidado, corazón; iremos de madrugada y en volantes. — ¡Oh! tú y *Chumbita* lo compónéis todo al momento. ¿Y si se arma en *Camaronas* alguna guasca? — ¿Qué vá á haber! Esa es disculpa por no dejarme ir. — Estas palabras las pronunció *Mimi* con tristeza, y fueron acompañadas de un molin gracioso que hizo con sus labios, y el que, por el ruidito sarcástico que produce, se llama *freír un huevo*. *Don Crisanto* y yo mimos nuestras instancias á las de la madre y la hija: lo único que yo esperaba era que *Don Anastasio*, á ejemplo de todos los padres, se luciese un poco de rogar, cediendo al fin á nuestras súplicas, aunque no dejó de ocurrirnos la idea de que obrando de aquel modo, quizás se proponia dar á entender á su futuro yerno que no habia sido un padre descuidado. Pero quedamos todos alegremente sorprendidos al ver que levantándose de la *butaca*, empezó á pasearse por el *colgadizo*, señal cierta de que algun proyecto ocupaba su imaginacion, proyecto que, juzgando por su carácter, debía redundar en contento general; y mucho mas, cuando parándose de repente y frotándose las manos nos dijo: — Ya está, el negocio concluido: pasado mañana al amanecer nos pondremos todos en camino para *Camaronas* y veremos la fiesta. — ¡Bravo! ¡Bravo! esclamamos mi amigo y yo: — «; Bien pensado, mi alma! dijo *Chumbita*, y *Mimi*..... no habló una palabra, pero abrazó á su papá, y le llenó el rostro de besos.

Llegó el día deseado y salimos de *Cienfuegos*, antes que el sol dorase con su resplandor las mas elevadas cumbres de la isla. *Don Crisanto* y *Don Anastasio* se acomodaron en un *quitrin*, y el último, por hacerme honor, me cedió el de acompañar á su esposa y á su hija en un comodísimo volante: con esto creo escusado decir que aquel corto viage se me hizo todavía mas corto, y no perderé esta ocasion de confessar que en aquel día y en todos los que pasé con la familia de *Don Anastasio*, me convencí por experiencia que las mugeres de *Tierra adentro* no son,

como se cree en la Habana, hurrañas y montaraces; por el contrario, se muestran generalmente amables, obsesivos y menos hipócritas que las damas de la alta sociedad.

Llegamos (ojalá que no fuera) á *Camarones*, original del breve y esacto bosquejo que habia hecho *Don Anastasio*: algunas casas esparcidas por aquí y por allá, varios ranchos y una mezquina taberna. Sin embargo, aquel pueblecillo se veía á la sazón animadísimo; agraciadas jóvenes cruzaban en todas direcciones, enlazadas de los brazos de apuestos caballeros y seguidas de las mamas; aquellas casas, en cuyas ventanas no se veía figura humana, aquellas jóvenes vestidas de blanco y en cuyas cabezas se mecían con orgullo silvestres florecillas, aquellos carruages que iban y venían sin cesar de *Camarones* á *Cienfuegos*, de *Cienfuegos* á *Camarones*, aquellos manchos con chaquetillas ó *chupas* de tela y sombreros de paja, montados en arrogantes potros; todo revelaba un día de placer, un día delicioso, una gran fiesta.

Comuniqué mis pensamientos á *Don Anastasio*, quien me respondió con las mismas palabras que ya le habia oído pronunciar en *Cienfuegos*— «Yo no puedo decir si la fiesta es mala ó buena, porque jamás he asistido á ella. V. que la está viendo, lo mismo que yo, puede juzgar» — ¡Cómo! Yo no veo fiesta ninguna, le repliqué: aquí no hay mas que una reunion, brillante á la verdad para estas alturas, pero al cabo solo es una reunion, que hasta ahora no manifiesta otro objeto que el de pasear. — «Pues esa es la fiesta.» — ¡Qué dice V.? — «Lo que V. oye, mi amigo.» — ¡Y qué! ¿Únicamente por venir á pasear á *Camarones* ha andado toda esta gente cinco leguas? — Del mismo modo que nosotros. — «Imposible me parece.» — «Ya lo sabia yo, pero no quise oponerme á los deseos que V. y *Don Crisanto* me manifestaron para que permitiese á *Mimi* este dia de fastidio. Como VV. ignoraban lo que me pedían, me propuse castigarles, y solo por esta causa he dispuesto que todos viniésemos á la fiesta.» — «Pero á lo menos, habrá peleas de gallos.» — Nada de eso. — «Balle por la tarde en alguna casa....» — Menos. — «O por la noche.» — «Si V. y otros nos empeñamos en ello, no dudo de que habrá baile á cualquiera hora.» — «Pues ¿y esos músicos que andan por ahí? — «Han venido á la fiesta, por si encuentran trabajo en su oficio.» — «No entiendo á V.» — «Veaga V. acá: ¿V. quiere absolutamente que haya baile? — «Hombre, yo quiero alguna cosa para matar el tedio, porque, bien mirado ¿qué hacemos aquí? — «Lo que hacen todos; pasearnos y conversar; pero todo puede remediarse. Por lo pronto, entremos en esa casa, añadió señalando una á mano derecha; el dueño de ella es conocido antiguo. Vamos vamos, porque si no andamos listos, pueden llegar otros, y tendremos que comer en el suelo.» — «Poco importaria.» — «Es cierto; peor seria no comer. Positivamente ¿cree V. que hoy comerán todos y todas las que estan en *Camarones*? — «Creo que sí.» — «Pues no lo cree V.: aquí no se encuentra que comer, ni en donde dormir.» — «Malos estamos.» — «No tan malos, gracias á mi prevision. ¡Eh! *Domíngó*: arrima los carruages y saca de los *cogines* las magras, el salchiebon, el *guanajo*, en fin, todo lo que viene ahí embutido.

Entramos en la casa siguiendo á *Don Anastasio*, y nos apoderamos de un aposento interior; al punto nos presentó el negro *Domíngó* las provisiones fiambres indicadas por su amo, amen de otras que no habia nombrado, como por ejemplo, un sabrosísimo plato de *ropa vieja*, otro de *arrocito blanco*, y cuatro botellas de legitima *champaña*. Comimos pues opíparamente, al paso que otros, menos prevenidos que nuestro buen *Don Anastasio*, paseaban el hambre. Al terminarse la que para nosotros fué verdadera fiesta, entraron en el aposento las amigas de *Mimi*.

¡Baile! ¡Baile! esto pide baile, gritaron varios jóvenes que las acompañaban. — Sea, dijo *Don Anastasio* levantándose, cuyo ejemplo imitamos todos. Amiguitos, prosiguió el mismo, á escote nada es caro: échese un guante entre los hombres que deseen menear las piernas, convidemos á todas las muchachas que han venido á la fiesta, llámese á los músicos, y bailemos aquí mismo. Récias palmadas acogieron la proposición: cada cual contribuyó con un *doblon de á cuatro*, en el acto; cundió la noticia por *Camarones*, acudieron nuevos contribuyentes, y en menos de una hora se reunió lo suficiente para el gasto. *Don Anastasio* fué nombrado tesorero por aclamación, y quedó tambien á su cargo el ajuste de los músicos: verificólo sin pérdida de tiempo, y gracias á los esfuerzos reunidos de los que habian acudido á la fiesta de *Camarones*, hubo por fin en *Camarones* algo que se pareciese á una fiesta. Bailamos toda la tarde, y toda la noche; cenamos las sobras del repuesto de los quitrines, dormitamos al amenercer un rató sobre las sillas de la sala, metimons á las ocho de la mañana en los carruages, y no tardamos en dar fondo en *Cienfuegos*.

Allí reposé sobre el fresco catre de las fatigas de la fiesta. No recuerdo cuantas horas dormí; solo sí que cuando me levanté estaba *Mimi* en el colgadizo con sus amigas; su padre tambien las acompañaba: al saludarlas yo, oí que al último decia á su hija. — ¿Cuándo quieres volver á *Camarones*, mi vida? — Y ella le contestó: — Siempre que haya baile. — Ya replicó él, como VV. las muchachas no pagan á los músicos.....

Todas las muchachas le frieron á *Don Anastasio* un *huelito* en sus barbas; él se rió de buena gana, y me dijo: ¿Qué les ha de hacer V.? son jóvenes, y así es el mundo.

ROQUE EN TODO.

ANUNCIO IMPORTANTE.

Algunos de nuestros suscritores nos han manifestado queja de la ventaja que obtienen al fin del año en las Provincias, los que toman el tomo encuadernado. Además, los mayores gastos á que han dado lugar las mejoras hechas en el *Semanario*, no permiten hacer la rebaja que hasta ahora á los que tomen los tomos despues de publicados. Así la dirección del *Semanario* cree oportuno advertir, que al fin del presente año y en los siguientes, los tomos encuadernados se venderán al mismo precio que cuesta la suscripción por año, es decir, á 36 rs. en Madrid, y 48 en las provincias franco de porte.